

Número de la mesa: 32

Título de la mesa: Procesos de comunalización y territorialización de pueblos originarios en Argentina, siglos XIX y XX.

Coordinadores: Diana LENTON y Claudia SALOMON TARQUINI

Título de la ponencia: CACIQUES: un nuevo aporte a su caracterización. El caso de Manuel Namuncura (1873 – 1908)

Autor: Habegger, Virginia Nora

Pertenencia institucional: U.N.Co CEHIR - ISHIR

Documento de identidad: DNI12.906.223

Correo electrónico: habeggerv@yahoo.com vhabegger@ciudad.com.ar

Autorización para publicar: SI

RESUMEN

En las últimas décadas, la caracterización de las jefaturas nativas ha sido uno de los temas centrales de la historiografía sobre el mundo indígena, ya que su estudio permite reconstruir y comprender aspectos internos, propios de las sociedades nativas, y abordar la dinámica interétnica a través de las distintas etapas del proceso histórico.

Esta ponencia presenta, a modo de avance, una investigación centrada en la figura de Manuel Namuncura. Desde su asunción como cacique salinero en 1873 hasta su muerte en 1908, el mundo indígena atravesó todas las instancias del avance y dominación estatal, debiendo desplegar diversidad de estrategias adaptativas. La actuación de los caciques es la manifestación más visible de estas opciones tanto a nivel individual como del conjunto social y, por ser Namuncura uno de los loncos más destacados por la vastedad de sus relaciones dentro del mundo nativo y su representatividad ante el mundo blanco, el análisis de su liderazgo resulta de especial interés. Enfocaremos especialmente su política interétnica tanto en la etapa de confrontación y resistencia frente al Estado Nacional como luego de su rendición.

Para enriquecer este abordaje, se propone la confrontación de otros estudios de casos puntuales (Sayhueque y Purran) y análisis teóricos sobre el tema, con información lo más directa posible de los mismos sujetos nativos. Para ello se ha recurrido a documentación existente en el Archivo Zeballos (Complejo Museográfico E. Udaondo, Lujan, Pcia. De Buenos Aires) y en el Archivo de la Dirección General de Tierras y Colonias de Neuquén.

INTRODUCCIÓN

Esta propuesta se inscribe en el marco de una línea de trabajo sobre la caracterización sociopolítica del mundo indígena pampeano patagónico durante el período inmediatamente anterior y posterior a las Campañas Militares de fines del siglo XIX, poniendo énfasis en la adaptación estratégica de su orden tradicional en función del conflicto interétnico, (Habegger 2007 a y b). En este sentido, podríamos decir que la figura del **cacique** es la más representativa de este conflicto, por ser en quien se entrecruzan aspectos inherentes a la organización política de su sociedad (relaciones de poder, recursos materiales y simbólicos que las sustentan, formas de ejercicio de las mismas) y al sistema político de la región (relaciones entre las distintas unidades políticas en ese espacio). (Carozzi, M. y otros 1991:150)

Así, el análisis del poder y de la autoridad efectivos de los jefes tradicionales en esa etapa crítica dentro del proceso histórico de los pueblos originarios nos permite abordar diversos interrogantes sobre los vínculos entre los caciques, su gente y el Estado: ¿cuáles fueron las estrategias y opciones políticas que permitieron a los jefes fortalecer su posición hacia dentro y fuera de su sociedad? ¿Cómo influyó el conflicto interétnico en los mecanismos de adquisición y transmisión del poder y en los valores referenciales detrás de éste (linaje, condiciones personales)? Una vez materializada la dominación estatal, ¿cómo se reconfiguró el conjunto de relaciones políticas, económicas e ideológicas concentradas en la figura cacical? Todos estos elementos y transformaciones fueron analizados más como indicadores de un nuevo sistema sociocultural que como simples rechazos o aceptaciones de la presión estatal, enfatizando en la capacidad indígena para procurar mantener algún margen de autonomía, a pesar de las crecientes dependencia y necesidad de inclusión, en el marco de su contradictoria relación con el Estado y la sociedad nacional. Este enfoque centrado en una historia generada desde el interior del mundo originario nos conduce a privilegiar la mirada de los actores nativos sobre sí mismos y sobre su realidad sociopolítica.

Considerando estos conceptos e interrogantes generales, revisaremos algunas definiciones relativas al mundo nativo para luego abocarnos específicamente al caso de Manuel Namuncurá.

Para el presente estudio, nos basta partir de la base de que, en la década de 1870 (es decir, inmediatamente antes del avance militar estatal), se podía distinguir dos niveles de complejidad política: las **tribus** o **tolderías** (instancias de organización local integradas en función de continuidades sociales y culturales entre las que el linaje podía ser una

condición privilegiada) y las **confederaciones tribales**, (instancias de organización regional en las que, a los vínculos parentales, se sumaban intereses económicos y necesidades políticas y bélicas). Podemos considerar a este nivel de organización como “indígenas soberanos” (agrupaciones que no respondían a ningún otro gobierno más que a su cacique principal y consejo caciquil local, rigiéndose por sus propias normas jurídicas consuetudinarias), (Bechis 2006). Dentro de esta categoría podríamos considerar a Calfucura (Bechis 1989 y 1998), Bulnes Yanquetruz (Varela y Manara, ob.cit.), Purran (Varela y Manara 2006), Sayhueque (Vezub 2005) y Namuncurá, (Clifton Goldney 1963). En estos casos, podemos observar que, en líneas generales, el jefe era reconocido como tal en tanto pudiera cumplir con las exigencias de su posición (talento diplomático, valor guerrero, generosidad, manejo de la información, oratoria y hasta poderes divinos) sin que esto entrase en contradicción con las características hereditarias del cargo. Es decir, para liderar esas grandes confederaciones, el cacique debía acreditar el consenso de sus subordinados en función más de su capacidad personal que de su posición dentro de un linaje. Estos dos componentes del poder favorecían el reconocimiento del Estado que, materializado en un flujo de bienes y distinciones, retroalimentaba positivamente la jerarquización interna. El reconocimiento externo y el de su propia gente se alimentaban mutuamente: la investidura del cacique habría estado respaldada por el acuerdo de su gente conseguido gracias a su habilidad para resolver conflictos internos, a su valor guerrero, su representatividad ante las otras tribus y el Estado. Este reconocimiento se reflejaba en el otorgamiento de raciones y beneficios varios (agasajos en viajes por misiones diplomáticas, regalos, sueldos, liberación de prisioneros) que sustentaban la capacidad redistributiva del jefe. Sobre el tema, se suman las palabras del mismo Manuel Namuncurá quien, en conversaciones mantenidas con Estanislao Zeballos en Buenos Aires, luego de nombrarle los caciques “*que más se distinguieron por sus braburas y arrojos*”, sintetizó las características de esos jefes:

“La palabra cacique o lonco, cabeza dirigente de una tribu o de una agrupación, se le da a los que se encuentran en estas condiciones, más en verdad, hay muy pocos caciques porque son aquellos que se distinguen o reúnen las cualidades de valiente o guerrero, de parlamentaristas y por lo tanto llamado a mandar las grandes agrupaciones. Los otros, en su mayoría, puede decirse que son capitanejos” (Archivo Zeballos, subrayado en el original).

Pero, ¿cómo quedaba esta base de legitimación cuándo el elemento externo desaparece quedando sólo la sociedad indígena frente a la adversidad? Es decir, ¿qué sucedía cuando

cesaba el aprovisionamiento exterior y comenzaban los éxodos, la dispersión y las muertes? Podríamos suponer que el único sustento de liderazgo que quedaría para los caciques habría sido su capacidad de conducción guerrera. Mas, ¿con qué argumentos podían mantener los caciques este liderazgo si se acumulaban las derrotas militares y cada vez era más difícil alcanzar las zonas de refugio?

Los cambios sufridos por las sociedades indígenas fueron complejos y profundos. Desencadenaron conflictos ideológicos, políticos e institucionales y económicos, sumamente difíciles de analizar específicamente, ya todos estos aspectos interactúan en un proceso total de subordinación de un reducido grupo social a una sociedad mayoritaria y culturalmente distinta.

Por otro lado, las relaciones entre los distintos grupos originarios fueron replanteadas en función de las escasas alternativas posibles o de las nuevas condiciones impuestas desde la sociedad estatal, y las anteriores alianzas o rivalidades intertribales dieron paso a la conformación de nuevos lazos sociales tejidos fundamentalmente a partir de la forzada relocalización de la población nativa y originados en decisiones que hoy podemos interpretar como opciones entre la asimilación y la resistencia.

NUESTRO CASO: MANUEL NAMUNCURA

En un reciente trabajo, hemos analizado el cacicato de Manuel Namuncura desde su asunción en 1873 al frente del mundo salinero hasta la dispersión de éste en 1878 (Habegger 2011).

Para estos análisis contamos con el invaluable aporte del archivo del gobierno de Salinas Grandes, (hallado por el Cnel. Levalle en los médanos de Chilihue en julio de 1879 y por Estanislao Zeballos en diciembre del mismo año en cercanías de Thraru Lauquen, actual Gral. Acha) y con entrevistas mantenidas entre el cacique y Zeballos en Buenos Aires durante sus visitas de 1894, 1897 y 1904. A este material se suman datos del Archivo Provincial de Tierras de Neuquén.

Existen razones de peso que justifican nuestro interés en el análisis del liderazgo de Manuel Namuncura. Una de ellas: la vastedad de sus vinculaciones dentro del mundo nativo y su representatividad ante el mundo blanco. Otra (íntimamente ligada a la anterior): la duración y solidez de su jefatura, ya que desde su asunción como cacique salinero en 1873 hasta su muerte en 1908, Namuncura logró mantener su posición de mando mientras el mundo indígena atravesaba todas las instancias del avance y dominación estatal. De todas maneras, podemos distinguir tres etapas en su desempeño: el apogeo de su cacicato desde 1873 hasta

1878, año en el cual debió abandonar su territorio frente a la ocupación estatal; la etapa de ocultamiento y dispersión de su gente, desde 1878 hasta 1884, y finalmente, hasta su muerte, el periodo de reagrupamiento y comunalización bajo la dominación efectiva del Estado¹. Este largo proceso ofrece variados aspectos para el estudio: la legitimación de su liderazgo, el manejo de sus relaciones dentro del mundo nativo, sus vínculos con actores privados dentro de la sociedad criolla, con la iglesia, la dinámica de cada uno de estos aspectos según las distintas coyunturas históricas, etc. En esta ponencia sólo haremos un acercamiento a su estrategia durante las campañas militares del estado argentino y a sus gestiones luego de su rendición para obtener la asignación de tierras.

1878-1884: HUIDA, OCULTAMIENTO Y RESISTENCIA

A partir de 1876, frente al plan de Alsina para ampliar la frontera ocupando una extensa franja desde Italó (sur de Córdoba), Trenque Lauquen. Guaminí. Carhué y Puán, el jefe salinero mantuvo una política de firme defensa de su territorio, instrumentada con una combinación de diplomacia y presión armada. En este sentido, alternaba el envío de comisiones y embajadas para acordar tratativas de paz con importantes acciones armadas, tales como el malón de diciembre de 1875 sobre Alvear, Tapalqué, Azul y Tandil; el de marzo de 1876 sobre Juárez, Tres Arroyos y Necochea. Luego de estas acciones, las fuerzas nativas fueron derrotadas en Paragüil y sufrieron la ocupación de Carhué (Cnel. Nicolás Levalle, abril de 1876) y las fundaciones de Guaminí (Cdte. Marcelino Freyre, marzo de 1876), Trenque Lauquén (Cnel. Conrado Villegas, abril de 1876), Puán (Cnel. Salvador Maldonado, junio de 1876).

Según se refleja en la correspondencia de Namuncura, hacia fines de 1877 las tratativas de paz entre el mundo salinero y el estado nacional permanecían abiertas (Habegger, 2011). Sin embargo, en enero de 1878 las tolderías ubicadas en Salinas Grandes sufrieron el ataque de las fuerzas comandadas por Levalle, comenzando un irreversible proceso de dispersión, capturas y arrinconamiento. Primero, los nativos se instalaron en torno a la laguna de Chilihúe pero ante el hostigamiento de las fuerzas nacionales, continuaron su movilización hacia el oeste, asentándose en Lihuel Calel, donde en diciembre de ese año fueron nuevamente asaltados por las tropas de Levalle. En esta ocasión, la tribu de Namuncura fue diezmada, logrando el cacique y unos pocos más escapar hacia el sur del

¹ “Entiendo “comunalización” como el proceso de formación de comunidad a partir de acciones y sentimientos que promueven sentidos de pertenencia compartidos”, (Delrío 2005: 26).

rio Colorado, hasta encontrar refugio cerca de su tío Reuquecura, ubicado en la zona de Aluminé.

A partir de este momento, en las crónicas militares son escasas las referencias sobre participación directa de Namuncura en las acciones bélicas. Revisando los partes de la llamada Campaña de los Andes al Sur de la Patagonia (1883), tomamos noticia de que, junto con Reuquecura y Sayhueque organizó el asalto al fuerte 1ª División, efectuado el 16 de enero de 1882. También se menciona que en octubre de ese año presentó un pedido de paz con Reuquecura, Manquel y Álvaro Reumay, que fue ignorado por los militares. Finalmente, en el mes de diciembre, sus familiares más cercanos fueron tomados prisioneros, con gente de Sayhueque.

Namuncura continuó instalado en plena cordillera, hasta que en abril de 1883, recibió una carta del sacerdote salesiano Milaneseo, ofreciéndose como mediador y garante de un buen trato en su entrega. Finalmente se presentó en Ñorquin, en marzo de 1884, acompañado por alrededor de trescientos miembros de lo que quedaba de su tribu (Clifton Goldney 1964).

Hasta aquí, el relato de una sintética y fría crónica militar. Pero detrás de estos hechos, que la versión oficial de la historia suele mostrar sólo en términos de victorias, derrotas, caídos en combate, prisioneros y haciendas tomadas a los nativos, hay una trama de estrategias fundadas en tradiciones, antiguas alianzas, redes de parentesco y en la visión de un inevitable y cruel futuro para los indígenas.

Por ejemplo, lo que para los estados argentino y chileno era rebeldía y rechazo a la civilización, para los nativos era *weichan*: “*la guerra propiamente dicha, cuyo objetivo era la defensa de un territorio o de la autonomía. En ella, se comprometía la sociedad en su conjunto y para ella se afectaban todos los recursos disponibles*” (Villar y Jiménez 2003:126). Según estos autores, esta categoría bélica implicaba un acuerdo social amplio y ceremonias propiciatorias de las que participaba toda la comunidad. Posiblemente ese haya sido el sentido del ritual efectuado por la gente de Namuncura en Lihuel Calel, en diciembre de 1878. Sin embargo, al encontrar restos de un potro y un cordero sacrificados, Levalle y sus tropas interpretaron que se trataba de una práctica adivinatoria, “. . . *víctimas inmoladas en el altar de la religión de la barbarie*” (Zeballos 2004:243).

Tradicionalmente se ha presentado al mundo indígena como bloques aislados y rivales, (Moreno 1979, Raone 1979). Un claro ejemplo de este enfoque ha sido presentar a Sayhueque y a Namuncura como opuestos en función de ser calificarlos como “amigos/enemigos” del gobierno nacional. En cambio, podemos observar diversas propuestas de unidad y solidaridad entre ambos jefes y otros (pertenecientes no sólo a

distintos linajes sino a diferentes agrupaciones). Una continuidad dentro de la política de los Cura fue el intento de unificación del mundo indígena, Además de mantener fluidos contactos con su grupo-madre de la región del Llaima, en la ladera occidental de los Andes, los caciques salineros se caracterizaron por su conciencia de unidad indígena para oponerse a cualquier tipo de avance blanco. Este posicionamiento ideológico, que Bechis denomina “*nacionismo*” tuvo su expresión política en la Confederación de las Salinas Grandes liderada primero por Calfucura y luego por su hijo Manuel Namuncura (Bechis 2006).

Ante los primeros avances de ejército estatal sobre Salinas Grandes, Namuncura integró un mismo frente defensivo con los ranqueles Baigorrita y Epumer (Clifton Goldney ob. cit.:143). Luego, este frente defensivo fue trasladándose hacia el oeste, buscando apoyo y sumando nuevos aliados entre los caciques que iban sufriendo la ocupación de sus territorios. Un aspecto importante a considerar es que esta problemática en común traspasó los incipientes límites estatales argentinos-chilenos. Al respecto, (a pesar de ciertas inexactitudes cronológicas) contamos con el testimonio de Pascual Coña quien relata la llegada de un emisario de Sayhueque, Namuncura, Foyel y Ancatrir para organizar un levantamiento en conjunto con los loncos chilenos (Coña 1974:271).

En ese sentido, el ataque al fuerte 1ª División muestra mucho más que una estrategia coyuntural para enfrentar en forma conjunta al ejército nacional. Este hecho y la presencia de los familiares más cercanos de Namuncura refugiados entre la gente de Sayhueque reflejan la pervivencia de vínculos familiares y alianzas tejidas en vida de sus padres Calfucura y Chocorí. Ya en julio de 1879, Sayhueque había escrito a los jefes militares asentados en Chos Malal intercediendo a favor de Namuncura, Reumay y otros, con quienes el gobierno nacional había interrumpido las tratativas. En dicha carta, el jefe manzanero solicitó que se les permitiese instalarse en la zona del río Neuquén, tal vez confiando que hasta allí no llegarían las tropas estatales.

La correspondencia entre ambos caciques también pone en evidencia la existencia de una red de informaciones relativamente fluida (considerando las difíciles condiciones). En una carta enviada por Namuncura a Sayhueque el 1º de marzo de 1880, es decir antes de la llegada del ejército argentino a la zona del Neuquén. En ella le informaba los planes del gobierno para “*. . . aser otra dentrada por la cordillera del Sur donde permanese Namuncura Reuquecura y Sallugueque. . .*”, además del ofrecimiento chileno para ayudarlos y así atacar conjuntamente a los argentinos. En la misma, reiteraba su amistad: “*. . . estos asuntos (deseo) que se entere como Amigo que somos y (go) bernante que somos nada mas quedo esperando si V. tiene que desirme noticias cristianas espero que no me*

tenga en oculo. . .” (Vezub 2005:92) En estas significativas palabras, Namuncura también señalaba la igualdad de su rango y deslizaba cierto margen de desconfianza hacia su par, algo lógico si consideramos que Sayhueque, hasta ese momento, se había mostrado reticente a la hora de enfrentar al gobierno de Buenos Aires. También es ilustrativo acerca de la eficacia de las redes de información nativas, el hecho de que la noticia sobre los proyectos de avanzada militar argentina había llegado a través de periódicos recibidos por los jefes militares de Chos Malal y trascendido hasta oídos del cacique picunche Purrán. En síntesis, observamos que la estrategia seguida por Namuncura durante las campañas militares estatales consistió fundamentalmente en la elaboración de un frente común de resistencia y en concentrarse más en lo que hoy denominamos “trabajos de inteligencia” que en enfrentamientos directos. Al agotarse sus fuerzas materiales y humanas, presentó su rendición pero con la garantía de un mediador, el salesiano Milanesio, ya que sus anteriores solicitudes de negociación habían sido ignoradas.

1884-1908: OTRAS FORMAS DE RESISTENCIA

Luego de años de resistencia y huida, Namuncura (al igual que muchos otros caciques), aceptó someterse ante el Estado. Se abrió así una etapa de profundas transformaciones para el mundo indígena, en la cual los nativos sólo pudieron gestionar mejoras relativas para su situación.

Tras su rendición, viajó a Buenos Aires con su círculo más cercano, siendo bien atendido y recibido por el presidente Roca y varios senadores. Luego, instalado provisoriamente en Chimpay, se trasladó en varias oportunidades a la capital para insistir en el otorgamiento definitivo de tierras para su comunidad, presenciando los debates parlamentarios sobre el tema hasta que en agosto de 1894 (diez años después de su entrega) esta concesión fue sancionada con fuerza de ley.

Según el relato de su biógrafo Clifton Goldney, en todos esos viajes solía entrevistarse con renombradas figuras de la política del momento, realizaba consultas médicas, encargaba sus trajes y uniformes a un afamado sastre, presenciaba espectáculos teatrales.

Una práctica frecuente entre los caciques fue enviar a sus hijos a estudiar en colegios de Buenos Aires. Por ejemplo, en 1853, Calfucura había enviado a su hijo Manuel Pastor a la escuela de Catedral al Norte, en la que también se encontraban internados Andrés Ancalao y Esteban Guichal, hijos de caciques amigos ubicados en cercanías de Bahía Blanca (Rojas Lagarde 2007). Namuncura continuó esa usanza, enviando a su hijo Juan Manuel a seguir la carrera militar, en la que alcanzó el grado de teniente 2º. El más conocido de su

descendencia, Ceferino, ingresó primero en el taller de la marina y luego en el colegio Pio IX. Durante sus estadías porteñas, el cacique los visitaba siguiendo de cerca sus progresos. Todas estas actividades solían ser comentadas en la prensa local con una intencionalidad (continuada por el autor mencionado en párrafos anteriores) que apuntaba a mostrar la seductora superioridad de la vida civilizada. Pero si nos posicionamos en la perspectiva de Namuncura y tenemos en cuenta su condición de vencido, podemos interpretar que estas acciones no obedecieron a una sumisa asimilación, sino a una decisión pragmática de posicionarse dentro de la sociedad nacional paliando las desigualdades existentes, dentro de una estrategia de resistencia². Posiblemente, un elemento influyente en su opción estratégica haya sido observar el cruel destino de muchos de sus pares menos adaptados a la “civilización”: morir en Martín García o en el Museo de La Plata.

Dentro de esa misma línea estratégica se integra la carta que el cacique enviara al diario La Prensa en 1908, poco antes de su muerte. En ésta comentaba el episodio vivido en Chile, durante su ocultamiento, cuando el coronel Urrutia le ofreciera poner a su mando un batallón de 1800 hombres para ir contra el estado argentino. Según sus palabras;

“ . . . me avergonzaba al oír tales ofrecimientos y los rechacé con toda energía y altivez, declarándome más argentino que muchos de los que se hallaban destacados en la frontera de la pampa y deseaban exterminar a los de mi raza ” (Clifton Goldney ob.cit.:263).

¿Qué sentido tendría esta postrera confesión? No cabe duda de que para el estado ésta era un fuerte argumento a favor de su poder civilizatorio y de su soberanía en el marco de los conflictos limítrofes con Chile (Delrio ob.cit.:139). Para Namuncura, conciente de la proximidad de su desaparición, esta muestra de lealtad extrema era un respaldo más para garantizar el futuro de su gente.

Aun en la derrota, Namuncura mantuvo el liderazgo de su diezmada tribu. Vale la pena tener en cuenta que, en el apogeo de su cacicazgo, el mundo salinero estaba integrado por cerca de 10.000 almas (Durán en Zeballos 2004:54) mientras que su comunidad afincada en San Ignacio apenas llegaba a las 300.

Paradójicamente, el reconocimiento estatal, instrumentado ahora mediante la adjudicación de las tierras, respaldó la jerarquía del anciano cacique. Así, en la ley de concesión de ocho leguas de tierra al “*Cacique don Manuel Namuncurá y su tribu*”, se estableció que al jefe le correspondían tres, y a las setenta y seis familias restantes (con un total de doscientas veinticuatro miembros), las otras cinco, (Clifton Goldney, ob.cit.:256).

² Denominada según Bechis (1998) “aculturación antagónica”

Al respecto, cabe recordar que la incipiente organización del aparato estatal en la región y las grandes distancias a los centros de poder concedieron una importancia fundamental a los intermediarios estatales (religiosos, comerciantes, maestros, inspectores de Tierras, militares, Jueces de Paz) caracterizados por ser individuos originarios de la sociedad estatal que habitaban y actuaban dentro de la sociedad indígena (Salmerón Castro 1984). En este panorama, la articulación interétnica giró más alrededor de las relaciones personales que de las instituciones mismas y el cacique fue frecuentemente el único canal posible para vehicular esta articulación, de ahí también la importancia de sus vinculaciones y actividades en Buenos Aires.

Manuel Namuncura, siempre hábil para maniobrar entre las pautas estatales y las suyas propias, presentó en 1905 una nota al gobernador del Territorio Nacional del Neuquén solicitando la instalación de un Registro Civil en su comunidad de San Ignacio, zona a la que consideraba “*bastante fértil donde los capitales pueden aumentar considerablemente*” (D.T.C.N.). El mismo estaría a cargo del maestro de la escuela, institución para la que no escatimaba elogios. De esta manera, los pobladores se “favorecían” pudiendo cumplir con sus obligaciones civiles de empadronamiento, legalización de matrimonios, registro de marcas y señales, etc., deberes cívicos que les garantizaban el reconocimiento estatal.

Estas actividades, más allá de evidenciar una lógica conciliatoria de la cual el jefe es un claro referente, nos permiten inferir que la utilización del marco jurídico-administrativo y de normas y valores de la sociedad estatal (el progreso considerado en términos de capital, el acceso a documentación y a educación formal) fue una opción estratégica de resistencia, bastante exitosa si comparamos su situación con la de otros grupos para la misma época.

CONCLUSIONES

Luego de esta apretada reconstrucción del proceso histórico vivido por Namuncura y su gente, retomaremos los interrogantes planteados en la primera parte de este trabajo.

En su larga trayectoria, el cacique alternó entre una actitud aguerrida con una lógica conciliatoria, integrando ambas en una misma estrategia. Considerando el peso de la capacidad de conducción guerrera como uno de los fundamentos de su liderazgo, es comprensible que Namuncura (conciente de su limitada realidad) haya tratado de evitar su abierta participación en enfrentamientos cuya segura derrota sólo le hubiera acarreado desprestigio, optando por continuar su política de alianzas para enfrentar en conjunto al avance de los estados argentino y chileno.

La construcción de una vasta red de contactos dentro del mundo indígena y del mundo blanco fue el elemento fundamental que sostuvo su liderazgo en todas las etapas que debió atravesar. En la etapa de resistencia guerrera, esta red formada dentro del mundo indígena en función de vínculos parentales, alianzas militares y capacidad de gestión del cacique fue la clave que, sumada a su eficiente manejo de la información, le permitió resistir durante seis años. Respecto al mundo blanco, en la etapa soberana de su liderazgo, sus relaciones alcanzaban variados niveles privados y oficiales, operando gracias a intereses económicos y a la presión ejercida por las más de 4000 lanzas a sus órdenes. Luego de su rendición, Namuncura supo recurrir a estos contactos para obtener condiciones lo menos desfavorables posible. La incorporación de elementos culturales de su oponente (aculturación antagónica) no implicó la pérdida de su conciencia étnica ya que debemos considerar que el contenido cultural de una comunidad humana puede “*ser aprendido y modificarse sin guardar ninguna relación crítica con la conservación de los límites del grupo étnico*” (Barth 1969:48).

Si bien anteriormente el cacique ya había debido demostrar su capacidad de negociación con el Estado, fue desde una posición externa a éste. Ahora, incluido en el orden estatal, debía plantear sus negociaciones desde una incómoda situación de subordinación.

En general, los fundamentos de la autoridad de los caciques se modificaron: el consenso de su gente pasó a privilegiar valores como la honestidad y la capacidad de gestión (que reemplazaron a la conducción guerrera), además de las tradicionales oratoria y capacidad redistributiva.

Debido a que el Estado necesitó apoyarse operativamente en los jefes indígenas, respaldó su jerarquía especialmente al depositar en ellos la capacidad para manejar discrecionalmente el reparto de tierras. Esta atribución era de vital importancia en una sociedad deslocalizada, que centraba sus únicas esperanzas de sobrevivir en la posesión de un territorio que les permitiera mantener su organización tradicional.

Hacia adentro de su grupo, Namuncura continuó gozando del reconocimiento por pertenecer a un linaje ilustre, sumado a sus logros dentro del mundo blanco y las ventajas que éstos redituaban a su gente. Un episodio significativo fue que, en 1897, al llegar en tres a Buenos Aires, el cacique fue recibido calurosamente por un grupo de indígenas.

Finalmente, un último aporte a la caracterización de este gran lonco. Namuncura fue sepultado el 3 de agosto de 1908 con el acompañamiento de toda su tribu y gran parte de la población de Junín de los Andes. Años después, se construyó un nuevo cementerio, efectuándose el traslado de todos los restos que estaban en el antiguo. Sin embargo, los

restos del cacique no fueron hallados a pesar de haberse efectuado para tal fin alrededor de ocho excavaciones (Clifton Goldney ob.cit.:192). En aquella época se afirmó que habrían sido llevados ocultamente para ser enterrados en algún lugar de la montaña o en sus tierras ancestrales, según las tradiciones nativas. Esta suposición cobró fuerza al hallarse, hace algunos años, una cueva en cercanías de las tierras de la comunidad en San Ignacio, con 16 ataúdes, cubiertos con finas matras. Uno de ellos estaba fechado en 1908 (Diario Rio Negro).

A pesar de que el enterramiento ya había sido profanado, nos cabe pensar si éste habrá sido el último gesto de resistencia de Namuncura.

FUENTES DE ARCHIVO

ARCHIVO de la DIRECCION PROVINCIAL de TIERRAS y COLONIAS, Pcia. de Neuquén: Libro de Inspectores, (tomos varios). (D.T.C.N):

ARCHIVO ZEBALLOS. Complejo Museográfico Enrique Udaondo – Luján (Pcia. de Buenos Aires): Carpeta “Guerra de Fronteras”.

BIBLIOGRAFÍA

BARTH, Frederick (1969): *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. Fondo de Cultura Económica, México.

BECHIS, Martha (1989): “Los liderazgos políticos en el área araucano-pampeana en el siglo XIX, ¿Autoridad o poder?” Ponencia presentada en el *I Congreso de Etnohistoria Argentina*, Buenos Aires.

BECHIS, Martha (1998): “La etnia mapuche en el siglo XIX, su ideologización en las pampas y sus intentos nacionalistas”, en *Revista de Estudios Trasandinos*; n° 3, año II, Santiago de Chile.

BECHIS, Martha (2006): “La organización nacional y las tribus pampeanas en Argentina durante el siglo XIX” *Revista TEFROS* – Vol. 4 n° 2 – Primavera 2006.

CAROZZI, M.J.; MAYA, M.B. y MAGRASSI, G. (1991): *Conceptos de antropología social*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina.

CLIFTON GOLDNEY, Adalberto (1963): *El cacique Namuncura, el último soberano de la pampa*. Buenos Aires, Ed. Huemul.

COÑA, Pascual (1974): *Memorias de un cacique mapuche, dictadas al padre Ernesto de Moesbach*. ICIRA, Santiago de Chile.

DELRIO, Walter (2005): *Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia. 1872-1943*. Universidad Nacional de Quilmes Editorial.

DURAN, Juan G. (2006): *Namuncurá y Zeballos. El archivo del Cacicazgo de Salinas Grandes (1870-1880)*. Buenos Aires, Bouquet Editores.

HABEGGER, Virginia (2007): “Los nuevos caciques. Territorio Nacional del Neuquén, fines de siglo XIX, principios del XX”, *VI jornadas de Arqueología e Historia de las Regiones Pampeana y Patagónica*, Mar del Plata, (CD).

HABEGGER, Virginia (2007): “El mundo indígena frente a la dominación estatal. Norpatagonia, fines del siglo XIX- principios del siglo XX”, *Mundo Agrario*, nº 15,

HABEGGER, Virginia (2011): “La política de Manuel Namuncurá ante el estado: desafío y negociación. 1873-1878”. *IX Congreso Argentino Chileno de Estudios Históricos e Integración Regional*, San Carlos de Bariloche.

MINISTERIO DE GUERRA Y MARINA: *Campaña de los Andes al Sur de la Patagonia. Partes detallados y diario de la expedición. Año 1883*. Buenos Aires, EUDEBA.

MORENO, Francisco P.(1979): *Reminiscencias* (recopiladas por Eduardo Moreno). Ed. EUDEBA, Buenos Aires.

RAONE, Juan Mario (1979): “Los indígenas del Neuquén en la época de la campaña del Gral. Roca”, *Congreso Nacional de Historia sobre la Conquista del Desierto*, Gral. Roca, págs. 215-233.

ROJAS LAGARDE, Jorge Luis (2007): *Viejito Porteño. Un maestro en el toldo de Calfucura*. Ed. Elefante Blanco, Buenos Aires.

SALMERÓN CASTRO, Fernando (1984): “Caciques. Una revisión teórica sobre el control político local”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Año XIX, Nueva Época nº117-118, México DF, julio-diciembre; págs. 107-141.

VARELA, Gladys y CUNEO, Estela (2005): “Líderes indígenas y relaciones interétnicas en la Norpatagonia durante los siglos XVIII y XIX”, en BANDIERI, Susana, BLANCO, Graciela y VARELA, Gladys (directoras): *Hecho en Patagonia. La historia en perspectiva regional*. Neuquén. Editorial de la Universidad Nacional del Comahue.

VARELA, Gladys y MANARA, Carla (2006): “Purran: el señor de los Andes”, en Raúl Mandrini (comp.): *Vivir entre dos mundos: conflictos y convivencia en las fronteras del sur de la Argentina, Siglos XVIII y XIX*. Ed. Taurus, Buenos Aires.

VARELA, Gladys y MANARA, Carla (2009): “La construcción de poderes indígenas frente a la expansión estatal. La impronta de José María Bulnes Yanquetruz”, en *Signos en el tiempo y rastros en la tierra, segunda época*, vol.III. Ed. Biblos, Buenos Aires.

VEZUB, Julio (2005): *Valentín Sayhueque y la Gobernación indígena de las manzanas. Poder y etnicidad en la Patagonia noroccidental (1860-1881)*. Tesis Doctoral, Tomo 3 anexo documental, UNCPBA, Tandil.

VEZUB, Julio (2006): “Valentín Saygüequé y el país de las manzanas”, en BANDIERI, Susana y otras, Ob.cit.

VILLAR, Daniel y JIMENEZ, Juan Francisco (2003): “La tempestad de la guerra: conflictos indígenas y circuitos de intercambio. Elementos para una periodización, 1780-1840”, en MANDRINI, Raúl y PAZ, Carlos (comp.): *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX*. UNCPBA – UNCo – UNS.

ZEBALLOS, Estanislao (1961): *Callvucurá, Painé, Relmú*. Buenos Aires. Librería Hachette, Buenos Aires.

ZEBALLOS, Estanislao (2004): *Episodios en los Territorios del Sur*. Estudio preliminar, edición y notas de DURAN, Juan G. Ed. Elefante Blanco, Buenos Aires.